

Aquella mañana de domingo amaneció desapacible. Un viento helador soplaba en las aún vacías calles de la ciudad. Las escasas hojas se aferraban a unas ramas que temblaban en agónicas sacudidas.

Luis, dejando que el frío de los cristales traspasase su frente, miraba, pero sin ver, el revolotear de los gorriones con sus plumas hinchadas para combatir los agujonazos del aire.

Perezosamente se dirigió al baño, se metió en la ducha y dejó que el agua fuera despertando cada uno de los músculos de su cuerpo. Solía tararear alguna melodía mientras el líquido elemento descendía rápidamente arrastrando las burbujas de jabón hasta el desagüe, pero en ese momento no tenía humor. Era uno de esos días en los que los biorritmos están por los suelos y apenas tienes fuerzas para arrastrar los pies hasta que te acercan a un sillón para volver a descansar.

Hacía tiempo que no iba a visitar la tumba de su padre, por eso, como empujado por su conciencia, se encaminó al perchero, cogió el abrigo, la bufanda y los guantes y bajó al garaje. Arrancó el coche y recorrió despacio el trayecto hasta el cementerio.

Aparcó frente a la vieja y oxidada puerta principal. Una mujer preparaba unas tétricas coronas, pareciendo disfrutar con su trabajo. No pudo adivinar su edad pues un traje negro, con una amplia capucha, le cubría la cara y solo dejaba ver una afilada barbilla. Al pasar a su lado, le pareció oír un susurro. Se giró, pero ella había desaparecido. Mal presagio, pensó. Continuó caminando hasta la lápida, mirando a su alrededor, porque tenía la sensación de que alguien le observaba. El viento se había calmado. Ante la sepultura, juntando las manos en gesto de oración, comenzó una plegaria, a la vez que leía cada uno de los nombres de los allí enterrados.

Bajó la cabeza, cerró los ojos y pensó en la figura que tanto le había enseñado. De pronto, abrió los párpados sobresaltado. Alguien le había llamado. Oyó su nombre con

claridad. Miró a todos lados, pero no había nadie. Siguió rezando, pero ya totalmente alerta. Su corazón había aumentado el ritmo, notaba cada bombeo como un martillazo dentro de su pecho. Intentó calmarse, soy un idiota se dijo a sí mismo. ¿Cómo es posible que me deje llevar por estos temores absurdos?. Pidió perdón a su padre por dejar que su conversación se interrumpiese por esta chiquillada. Volvió a concentrarse, cruzó los brazos sobre el pecho y apretó sus mandíbulas con fuerza, intentando dejar su mente en blanco, alzando su voz interior para que ningún sonido le interrumpiera.

La imagen de su padre comenzaba a formarse en su cerebro, sucediéndose situaciones vividas juntos, provocando una profunda tristeza en su ánimo por no poder volver a disfrutar de ocasiones como aquellas. Quería a su padre, aunque no se lo había dicho casi nunca. Era como algo que ambos sabían, pero que temían demostrarse. De pronto sintió una presión sobre su hombro. Giró la cabeza bruscamente y comprobó que estaba solo, simplemente una leve brisa había comenzado a soplar.

Estaba comenzando a asustarse, ¿se estaría volviendo loco?, ¿sería una broma de su subconsciente?, ¿o es que se estaba obsesionando volviendo a despertar los fantasmas de su niñez?.

No pasaba nada, los espíritus son cosa de la ficción, se repetía una y otra vez, aunque sin mucho convencimiento. La sangre volvía a fluir con fuerza, golpeando sus sienas. Un escalofrío recorrió su espalda al volver a escuchar su nombre. Buscaba desesperado al malintencionado bromista que estaba poniendo a prueba esos nervios de acero de los que hacía gala. Su mirada no encontró respuesta. Unas finas gotas de sudor surcaron su frente y la ropa comenzaba a agobiarle. ¿Qué coño estaba pasando?. Comenzó a recorrer el lugar en busca del misterioso visitante. Esperaba encontrar, tras alguna de las lápidas, la cara de algún conocido que le estaba gastando una broma de muy mal gusto. O quizás lo que temía era descubrir el cuerpo desfigurado de algún cadáver. Este

pensamiento le hizo temblar y detenerse ante un panteón de mármol negro. No había ninguna inscripción en él que pudiera identificar a la familia. Incluso los cristales eran negros y opacos. No había restos de flores, ni velas. Por no haber, no había ni esculturas que lo adornasen. De repente se entornó la puerta. Un aire gélido saltó hasta su rostro. No sabía que hacer, si salir corriendo o arriesgarse a entrar. Entonces notó que algo tiraba de él, se resistía, pero una fuerza extraña le arrastraba al oscuro interior. Forcejeaba, luchaba inútilmente contra ese algo invisible que irremisiblemente le llevaba hacia esas puertas que eran como la antesala del infierno.

Intentaba gritar, pero el pánico le atenazaba la garganta. Desesperado comprobaba como las fuerzas le iban abandonando. Había traspasado el umbral y se hallaba en un lugar rodeado de la más absoluta tiniebla. Ya no sentía nada externo que le oprimiese. No se atrevía a dar un paso, solamente se decidió, temeroso, a extender sus brazos, intentando localizar alguna pared. No tocó nada. No sabía si se trataba de una sala, de un amplio pasillo, o simplemente estaba situado sobre un peñasco que, si daba un paso, le llevaría al abismo. Después de unos momentos, dos pequeños puntos verde-rojizos situados frente a él, como a unos cinco metros, aunque no podría asegurarlo, le hicieron retroceder.

Poco a poco, esas reducidas esferas fueron acercándose, dejando adivinar una figura envuelta en un halo metálico, que obligaba a Luis a desandar el camino hacia la puerta. Cuando consiguió salir, todo había cambiado a su alrededor. Un cielo negro de nubes que lanzaban rayos demoledores le recibió. Caminaba entre tumbas que se iban resquebrajando, dejando escapar hedores de muerte. Brillantes cuervos se posaban en las desnudas ramas de unos árboles fantasmagóricos, augurando un desenlace fatal.

Al comprobar que esa extraña figura había abandonado su lúgubre morada, reconoció a la mujer de la entrada, su imagen, transformada, engrandecida, se acercaba a él y, a cada

paso, la tierra se agrietaba a sus pies. Los oscuros pájaros incluso alzaban el vuelo, temerosos de su mirada diabólica.

Luis giró sobre sí mismo emprendiendo una huida a ninguna parte, estaba totalmente desorientado, fuese a donde fuese, siempre terminaba en el mismo sitio, donde aquel ser espectral aguardaba pacientemente. A cada vuelta, su sonrisa se tornaba más maquiavélica. Sus ojos refulgían con el placer de un triunfo que se intuía cercano. Su tez aparecía más blanca, personificando a esa odiada parca. Aún así, él siguió en su búsqueda de la salida de aquel horror. Esperanzado, al final de uno de aquellos tétricos pasillos, atisbó una alta puerta de hierro, en cuyos barrotes puntiagudos colgaban despojos humanos que eran devorados por carroñeros. Estaba abierta. Corrió hacia allí enloquecido, pero cuando le faltaban escasos metros, se fue cerrando, hasta que un golpe secó, terminó con las pocas fuerzas que le quedaban.

Cayó al suelo desolado, sudoroso. La mente se le embotaba. Sacudidas espasmódicas, lanzaban sus extremidades hacia todas partes. Un llanto descontrolado brotó de sus hundidos ojos. Se estaba abandonando a su destino. Pensó que el cielo le estaba castigando por su despreocupación hacia su padre.

Rogaba, imploraba clemencia, suplicaba una oportunidad. En estas estaba, cuando el suelo tembló a su alrededor. Las lápidas saltaban por los aires. Todo se cubrió de un polvo negruzco, entre el que se veían figuras fantasmagóricas. Un coro de voces de ultratumba se alzaba clamando su nombre Luiiiis, Luiiiis..... Grotescas muecas se dibujaban en máscaras voladoras. Pavorosas carcajadas salían de los huecos abiertos entre las tumbas. Brazos huesudos salían de su encierro para aprisionarle. Un olor nauseabundo fue cubriéndolo todo. Brotaban a sus pies flores negras ya marchitas.

Levantó ligeramente la cabeza para descubrir a la creadora de todo aquello. Ese ser horrible y terrible. Le contemplaba alzada sobre un pedestal de esqueletos. Su atuendo

había cambiado. Flotaba al viento un deslumbrante sayón rojo sangre. Un báculo adornado con calaveras le servía para ordenar a las nubes que descargasen toda su furia. Multitud de insectos pululaban a su alrededor. En un espiral de locura, los fantasmas, los espectros y todos los seres diabólicos exigían el sacrificio de Luis, que, sacando fuerzas de flaqueza, consiguió liberarse y colocándose frente a aquel ser infernal le preguntó

- ¿Quién eres?, ¿Qué quieres de mí?.

Ella, como escupiendo cada palabra, con la voz distorsionada por su propio veneno, dejó claras sus intenciones. Vengo a llevarme tu alma. No mereces estar más tiempo aquí, debes bajar al fuego de los condenados y que las cuencas de tus ojos queden vacías para siempre. Debes vagar por los corredores de la pena y el dolor. Tu destino es sufrir, compartir con el resto de criaturas miserables el martirio de la angustia y la desesperación.

- ¿Qué juez me ha condenado?, - preguntó Luis. - ¿Por qué motivos merezco el castigo?. Además, tú no eres real, todo esto es producto de mi imaginación. ¡Desaparece de mi vista!, ¡vete con tu ejército a la caverna de los malos pensamientos y déjame en paz!.

Como si se tratase de un fotograma, la imagen quedó congelada por unos instantes. Efectivamente Luis pensó que todo había terminado, pero no fue así. Como recargados de una energía descomunal, aquel batallón de muerte y putrefacción estalló en una loca ritual satánico. Danzando en honor a Belcebú, muertas vivientes mostraban sus cuerpos desnudos alzando sus copas de sangre. Buitres ansiosos de carne fresca volaban iluminados por una luna negra.

La reina, engendro del mal, fue descendiendo poco a poco, para llegar donde Luis permanecía sujetado por innumerables esclavos de las tinieblas. Acercó tanto su rostro

huesudo y repugnante, que un fétido aliento y esos ojos demoníacos paralizaron la sangre en el cuerpo de Luis. Quedó petrificado.

- Ya llegó tu hora. Tu alma va a pasar a mi poder. Tu cuerpo, como el del resto de todos estos súbditos, vagará por los laberintos de mi voluntad. Te limitarás a obedecerme para satisfacer los deseos del Supremo. No tendrás ninguna grata sensación. Tus sentidos se acostumbrarán a la necesidad y a la ausencia. Un vacío insondable llenará cada momento del resto de tu existencia.

Notaba que le comenzaba a faltar el aire, la vista empezó a nublarse, el corazón daba las primeras muestras de falta de ventilación. Unos dolorosos calambres sacudían sus piernas. El estómago parecía encogerse, tirando de todos los órganos que le rodean hacia un pozo sin fondo. La espalda iba doblándose hasta alcanzar una postura imposible. Sus venas, a punto de estallar, se marcaban en sus brazos, como un tortuoso río. Un agudo zumbido perforaba sus tímpanos y se colaba hasta el centro de su cerebro. Sentía como si millones de agujas fueran traspasando su epidermis para clavarse profundamente en sus terminaciones nerviosas. Un grito desgarrador brotó de su garganta. Esto era un martirio insoportable.

- Si esto debe ser así, ¡termina cuanto antes maldito títere de Satán! – espetó sin ningún temor. Al decir esto, todo calló. El carnaval del infierno apagó sus luces y emprendió un descenso hacia los límites de la inconsciencia, mientras imágenes desordenadas de su existencia se aparecían ante sus ojos como fogonazos. La velocidad en la que se sucedían era meteórica y apenas podía reconocerlas. Solamente aquellos momentos más dulces y más amargos parecían permanecer por más tiempo. De pronto, un ruido sordo, como una gran puerta metálica que se cierra, le dejó sumido en la oscuridad, era como si estuviese en el espacio donde no existe gravedad y no notaba el peso de su cuerpo. Poco

duró esta sensación, porque inmediatamente volvió a caer como una bola de plomo hasta que notó un golpe contra una superficie ligeramente mullida.

Se encontraba en su cama, empapado en sudor. Las sábanas totalmente arrugadas, y todo lo que habitualmente reposaba sobre su mesilla de noche estaba esparcido por el suelo. Tenía rasgada su chaqueta del pijama y multitud de magulladuras poblaban su piel. Tenía todos los signos de haberse batido en una lucha cuerpo a cuerpo con un adversario muy poderoso. De pronto se oyó el ruido de la ducha. Lentamente se dirigió hacia allí. El cristal traslúcido de la mampara dejaba adivinar un cuerpo femenino. Temía abrir la puerta. ¿Quién estaba detrás?.